

Emmanuel Macron ha dado la victoria a la extrema derecha en Francia

DAVID BRODER :: 03/07/2024

La apuesta electoral del derechista Macron fue un error de cálculo, pero el ascenso de la extrema derecha también es producto de toda su presidencia

Cohabitación es la situación en la que un presidente francés tiene que tratar con un primer ministro y un parlamento de distinto signo político. Ya ha ocurrido tres veces, con un presidente socialista y un primer ministro de centro-derecha, o viceversa. Ahora, puede ocurrir de nuevo: pero con el presidente nominalmente liberal Emmanuel Macron al frente de un gobierno potencialmente dominado por la extrema derecha.

La Agrupación Nacional (RN) de Marine Le Pen fue la gran vencedora de la primera ronda de votaciones del domingo para la Asamblea Nacional, que eligió a los candidatos para la votación final del 7 de julio. Con un 33%, la lista de Le Pen quedó primera en 297 de las 577 circunscripciones, frente a las 159 del izquierdista Nouveau Front Populaire (28%) y las apenas setenta del Ensemble de Macron (21%). Si bien es un revés humillante para el presidente, esto todavía no garantiza una mayoría para Le Pen. En la segunda vuelta, sus adversarios *podrían* unirse. Sus candidatos, por su parte, pueden esperar sumar el apoyo de los derechistas perdedores, en su mayoría bastante débiles.

Pero los primeros llamamientos a pactos en segunda vuelta (o no) muestran hasta qué punto Le Pen ha conquistado ya el espacio de la derecha. Antes de estas elecciones, Éric Ciotti, presidente del partido conservador Les Républicains (LR) -heredero del principal partido gaullista- se alió con Le Pen. Casi todos sus colegas se negaron. Sin embargo, anoche, incluso los adversarios gaullistas de la alianza LR-RN de Ciotti declararon que no tomarían partido en la segunda vuelta. Macron y varios ministros pidieron un «frente republicano», pero a menudo dijeron más o menos explícitamente que esto no implicaba respaldar a France Insoumise (la mayor fuerza de izquierdas) contra Le Pen.

¿Cuál es la principal lección? Macron no tenía por qué convocar estas elecciones, y lo hizo hace tres semanas con cierta expectativa de que la extrema derecha podría ganar, como ya había ocurrido en las elecciones europeas del 9 de junio. La reacción al primer resultado también lo deja claro: el establishment político pro-empresarial de Francia no teme una *cohabitación* con Le Pen.

Normalizando

En esta campaña, el principal candidato de Le Pen, Jordan Bardella, trató repetidamente de presentar a la RN no como una fuerza disruptiva, sino como líder de un amplio campo de derechas, incluso como una fuerza de «unidad nacional». El hábil joven de veintiocho años prometió que podría «volver a poner a Francia en pie»: pero un gobierno de RN sería, insistió, un defensor más firme de la posición de Francia en la UE y la OTAN; presionaría para conseguir más dinero europeo, pero no buscaría una ruptura real. La política de su

partido no sería de «gasto elevado», sino que se centraría en los inmigrantes que utilizan el Estado francés como «oficina de prestaciones», y daría prioridad a los ciudadanos franceses para los puestos de trabajo. Afrontaría la injusticia social a través de un «ministro para la prevención del fraude».

Si antaño Le Pen afirmaba no ser ni de izquierdas ni de derechas, esta campaña adoptó muchas posturas descarnadamente derechistas incluso en cuestiones presupuestarias, volviendo a las notas más reaganianas de su padre. En un debate televisivo a tres bandas, Bardella arremetió contra el primer ministro en funciones, Gabriel Attal, por tener un gobierno con «la mayor deuda pública de la UE» en términos absolutos, un tema que Le Pen retomó en febrero en una columna para el diario económico *Les Echos*. La oferta de Bardella a los votantes de clase media y trabajadora consistía en una serie de recortes fiscales, por ejemplo del IVA sobre el carburante para los automovilistas (se pospusieron los ambiciosos planes de eliminar del impuesto sobre la renta a los menores de treinta años). Pero también hubo un mensaje a la Francia empresarial: no hay que tener miedo. Incluso el cambio propuesto por RN para las pensiones no se limita a deshacer el aumento de la edad de jubilación de Macron, sino que refuerza el principio de las contribuciones personales.

El gobierno de Macron le ha puesto la victoria en bandeja a Le Pen, y no solo por el aparente error táctico de convocar elecciones anticipadas. Durante años, hemos visto a un presidente que se postulaba arrogantemente como la fuerza providencial que enseñaría a los franceses a aceptar la medicina de sabor desagradable (pensiones más tardías, mayores impuestos sobre el consumo en nombre de la transición ecológica y menor poder adquisitivo). Incluso reveses electorales como la pérdida de su mayoría en 2022 no permitieron ningún cambio en su programa, y esto ha ayudado a Le Pen a posar como la campeona de la «gente corriente» ignorada por encima de las divisiones de clase, especialmente fuera de las principales ciudades. Más que eso, la apuesta de Macron por unir el espacio centrista de la política francesa contra cualquiera de los «extremos» ha socavado fuertemente cualquier idea de un «frente republicano» contra Le Pen. Al dirigirse también contra la «extrema izquierda», califica inverosímilmente de ilegítima cualquier oposición consecuente.

En su ofensiva contra la izquierda, el propio gobierno de Macron ha intensificado una obsesión con la seguridad, la identidad y la amenaza de la Francia musulmana que ha convertido los temas de conversación preferidos de Le Pen en el centro del debate nacional. Hay una fuerte convergencia en torno al lenguaje de la amenaza cultural y civilizatoria -el espectro del «separatismo» islámico-, incluso cuando Le Pen ha refrenado ideas más francamente racistas como la «teoría del gran reemplazo». Estos mensajes se difunden no sólo en el TikTok de Bardella, o en los canales derechistas CNews y BFM, sino también por ministros del gobierno que afirman que la seguridad de los franceses está amenazada por una grave conspiración «islamoizquierdista» supuestamente ideada por Jean-Luc Mélenchon y France Insoumise. En el campo gaullista, el comunicado de Les Républicains previo a la segunda vuelta, justificando su fracaso en el bloque contra Le Pen, califica al principal partido de izquierdas de «amenaza para nuestra civilización».

Pero también deberíamos enfrentarnos a otro problema clave: si Macron es tan impopular, ¿cómo es que se está beneficiando la extrema derecha y no la izquierda? Y si Le Pen suele

ganar gracias a la abstención masiva, ¿por qué no ha ayudado esta vez el aumento masivo de la participación? El moderado aumento del resultado de la izquierda (del 25,7 al 28%) desde la primera vuelta de la contienda de 2022 es mejor de lo que una izquierda dividida podía temer hace unos meses, pero queda empujado por la subida paralela de la RN (del 18,7 al 33).

Parte de la respuesta reside aparentemente en la derrota de los recientes movimientos sociales y el consiguiente escepticismo ante la perspectiva de revertir la remodelación de la legislación social y laboral francesa llevada a cabo por Macron. Si el movimiento del año pasado contra las reformas de las pensiones fue impresionante, su composición real (huelgas continuas en los sectores más afectados, además de manifestaciones socialmente más amplias) no demostró concretamente que el trabajo organizado puede ganar. Como ha señalado Ugo Palheta, Le Pen se benefició tanto de la medida antisocial de Macron como de la derrota de la resistencia.

Esto está relacionado con un giro más profundo en los planteamientos de una parte del electorado, mal captado por ideas como el «populismo económico». Explica la base sobre la que, más allá de políticas concretas, la extrema derecha ha construido una especie de contrahegemonía, que acepta muchos postulados ya mainstream. De nuevo, una gran parte de los obreros (el 51% de los que votaron, según el sondeo de Ipsos de anoche) apoyaron a la candidata Le Pen, pero lo hicieron junto con un número creciente de la clase media más estable, así como de pensionistas, antes más escépticos respecto al partido.

Como muestra el politólogo Luc Rouban con datos de sondeos recientes en su *La vraie victoire du RN*, los supuestos de los votantes de este partido son, de hecho, cada vez menos fuertemente antisistémicos, menos diferentes de los de otros partidos, y expresan una confianza creciente en la empresa privada en particular. Lo que Bardella y Le Pen reivindican es la meritocracia y el mercado, pero no «sesgados» políticamente contra los franceses y los pequeños productores. Esto se plantea en términos nacionalistas y racializados: es decir, que las minorías y los extranjeros se ven hoy favorecidos por los políticos de izquierdas y necesitan que se les muestre su lugar (subordinado). Pero se imagina como una lucha contra la competencia desleal y las élites que trabajan contra la mayoría. Este es el llamamiento de Bardella a los propietarios de viviendas, a los autónomos y a los votantes de clase media que temen la presión social a la baja, no sólo a los «dejados atrás».

¿La extrema derecha domesticada?

Tanto la convocatoria de elecciones por parte de Macron, como la preocupación expresa de varios ministros por rechazar a France Insoumise en la segunda vuelta, sugieren que este campo puede lidiar con un primer ministro de RN, o quizás con un gobierno respaldado por RN y dirigido por derechistas «independientes». Estos son, a estas alturas, resultados plausibles o incluso probables. En 2012, Le Pen obtuvo un 43% en la primera vuelta, pero perdió la segunda: una alianza tan rotunda por parte de los votantes que no son de RN es hoy más difícil de conseguir.

Muchos informes anecdóticos sugieren que cada vez más sectores de la sociedad francesa ya no temen un gobierno de RN. Pero quizás esto tampoco sería tan malo para el campo del

presidente, que parece más preocupado por cortarse las alas. Algunos incluso piensan que llevarlo al poder podría «desenmascarar al populismo» y sus promesas vacías. Pero esto es, como mínimo, arrogante sobre lo que significa la RN para las minorías, cómo puede utilizar el gobierno como plataforma; y cómo podrían galvanizarse los sindicatos policiales franceses, ya fuera de control.

La ex primera ministra británica Margaret Thatcher dijo una vez que su mayor logro político fue Tony Blair. Aunque su partido conservador hubiera perdido el poder, se lo había cedido a un líder laborista que aceptaba fundamentalmente sus dogmas de libre mercado. ¿Podría Macron jactarse de que su refundación del campo político francés ha reducido la Agrupación Nacional al mínimo, encajonando su radicalismo y convirtiéndola en parte de la derecha «normal»? Tal vez. Sin duda, el RN de hoy se jacta de sus credenciales proempresariales y ha renunciado a los planes de gasto social y a los llamamientos a la salida del euro.

Pero la narrativa de la moderación de la extrema derecha, tan apreciada por los admiradores de Giorgia Meloni -domesticar su radicalismo ofreciéndole un camino hacia la corriente principal institucional- es demasiado indulgente. Porque el proceso también funciona a la inversa, especialmente a través de la creciente obsesión política francesa y europea por el declive civilizatorio. Incluso en la oposición, la RN obligó al gobierno saliente a endurecer su ley de inmigración, antes de apoyar el proyecto de ley del campo de Macron. Los aliados de Macron presentaron la medida como una concesión necesaria a una opinión pública cada vez más obsesionada con la inmigración.

Un gobierno dominado por la Agrupación Nacional, o dirigido por Bardella, no aceptará dócilmente una condición subordinada, sino que se opondrá a la presidencia de Macron, rechazando las restricciones a su propia autoridad, en la larga campaña para las elecciones presidenciales de 2027. Puede entablar batallas sobre la ciudadanía por derecho de nacimiento, los poderes policiales, la «preferencia nacional» y la contratación de ciudadanos con doble nacionalidad, también con la esperanza de que la resistencia de los jueces superiores o de las autoridades de la UE alimente su impulso.

Aún queda mucho por decidir. La segunda vuelta del 7 de julio puede privar a Le Pen de una mayoría absoluta, y sus números podrían reducirse más seriamente si otros partidos se unen contra ella. Pero no cuenten con ello. El llamado centro de Francia está haciendo las paces con la perspectiva de un gobierno dominado por Le Pen.

Jacobinlat

<https://www.lahaine.org/mundo.php/emmanuel-macron-ha-dado-la>